

EL ÚLTIMO DIA

El autor se reserva los derechos de traducción y representación de esta obra.

La Sociedad de Autores Españoles es la única autorizada por el autor para representarle en todos los casos.

PERSONAS

DINA LANDINO	20 AÑOS
PRÍNCIPE RENO	23 >
SER LANDINO	50 >
URSINA	50 >
ARNOLFO	50 >

Pajes, Senadores, Dignatarios, Lanzas del Senado y gente del pueblo.

La escena en un país imaginario, a fines del siglo XIV.

Patio cerrado de una for'aleza, utilizada como prisión por el Senado popular. Dan a este patio las celdas de los presos que abren, por dos puertas, en la lateral derecha. A la izquierda, sobre unos peldaños, puerta que comunica con las habitaciones del Alcaide. En primer término y un poco hacia la izquierda, el brocal de un pozo con herraje labrado: lo circundan plantas cuidadosamente dispuestas y algún banco de madera o piedra. Al fondo, gran portón de dos hojas practicable. En el último de los peldaños de la escalera que conduce a las habitaciones del Alcaide, idmpara de barro de tres pábilos, que luchan trabajosamente con la luz verdosa del amanecer, cuyos resplando-

res se filtran por el ancho ventanón con rejas, que habrá en la pared del fondo.

Al descorrerse la cortina, está descendiendo de los peldaños que conducen a las habitaciones del Alcalde, la vieja Ursina. Quédase a escuchar junto a la puerta del fondo. Llegan lejanos gritos de algarada y motín, en la ciudad. Aparece, en lo alto de la escalera, Dina Landino resplandeciente de juventud y llena de melancolla: interroga a su madre con la mirada.

URSINA

Sigue la lucha; a lo lejos riñe el odio todavía y son sangrientos, del día, con el alba, los reflejos.

DINA

(Clavando sus ojos en el ventanón con rejas.)

¡El alba!... hasta ayer, llevada de una inocente quimera, jamás sospeché que fuera tan doliente una alborada. ¡Hoy lo veo, luz impía que a un tiempo naces y mueres; alba y ocaso, porque eres alba del último día!

(Acaba de descender los últimos peldaños y viene con pasos melancólicos a primer término.)

URSINA

(Acercándose a ella.)

Nada es seguro.

DINA

Porque
nada es seguro, señora,
mi pobre corazón llora
lo inseguro de su fe.

URSINA

Los brazos que en la ciudad
por Reno, el Príncipe, están,
aun no es seguro que van
a lograr su libertad.
Toda la noche ha durado
la contienda y, todavía,
con venir a paz el día,
las paces no han ajustado.

DINA

Los nobles, hasta ahora estraños
a su causa, la acogieron.

URSINA

(Con ironía amarga.)

¡Y ellos mismos le trajeron
a esta torre, hace diez años!...
Era un niño: hijo de rey,
mas delito no tenía
que recordarles la ley
que quebrantaron un día.
Casa y hogar, no prisión,
en esta torre le dimos;
mas que una cárcel, le abrimos
las puertas del corazón.
Alcaide tu padre en ella,
ganó a tu padre el primero
la gracia y la negra estrella
del Príncipe prisionero.
Nadie ató, desde la plaza,
en sus rejas, unas flores;
que era el primero en dolores
y el último de su raza.

Creció solo... y como a tanto
 mocedad de años no alcanza,
 llenó de luz la esperanza
 ojos que acechaba el llanto.
 Y en su cerrada prisión,
 su alma en flor se descogía
 como una rosa, que, un día,
 prendió el viento al torreón.
 Con él tus juegos partiste,
 de niña...

DINA

Y cuando él jugaba,
 prisionero, consolaba
 a su carcelera triste.
 Me hizo trovas; me dió quejas
 de amor; para mi alma, en fin,
 cultivó todo el jardín
 de las flores de sus rejas.
 Feliz era, en su prisión;
 que a mano tenía, así,

grillos con que darme a mi
 prisionero el corazón;
 y yo feliz, cuando apenas
 en sus promesas creía,
 porque, avisada, ponía
 sobre promesas, cadenas.
 Todo el mundo entraba en nuestras
 pláticas; pero de modo,
 que lo abarcábamos todo
 sin más que enlazar las diestras.
 Ni queríamos mayor
 ventura o mejor destino,
 que aquel presente divino
 de unas promesas de amor.
 Quiso padre, en ocasiones,
 combatir la pasión mía;
 mas fueron tardas razones,
 ¡porque ya estaba en prisiones
 la carcelera de un día!

URSINA

¡Pusiera tu padre en obra
sus amenazas, y hoy no
tuviera lágrimas yo,
ni el alma tuya zozobra!

DINA

¿Pensáis, pues, que parte Reno
triunfará, al cabo, en la lucha?

URSINA

*(que se ha levantado y vuelve a
aplicar sus oídos a la puerta.)*

Pienso que, hace rato, el trueno
de las armas no se escucha.
Y aun me parece, en los sonos
que hace el viento en la esplanada,
oir como una alborada
de alegres aclamaciones.

DINA

(con angustia.)

¿No salió padre Landino,
de madrugada, a saber
quien triunfa?

URSINA

Sí; salió a ver
qué disponía el destino.

DINA

¿No ha vuelto?

URSINA

Estoy a su espera.

DINA

¡Madre, recemos las dos;

para que se apiade Dios
de la pobre carcelera!

*(Se abraza a su madre y sue-
nan en este instante los cerrojos
de la puerta del fondo: la entrea-
bre, para entrar, el viejo Alcaide
Ser Landino: se filtra por la
abertura la luz del amanecer: se
oyen, distintamente, aclamacio-
nes de las turbas: Landino vuel-
ve a cerrar la puerta. Afectando
gran frialdad y hasta rudeza
en las maneras, se adivina su
corazón deshecho por la misma
tormenta que destroza el de su
hija. Ursina y Dina Landino,
sin atreverse a pronunciar una
palabra que precipite la respues-
ta y haga imposible la esperan-
za, le interrogan, mudas, con los
ojos.)*

LANDINO

*(Con el sentimiento que ya se
ha dicho.)*

Sí... triunfó parte Reno:
¿queréis que no triunfara?
¿Iba a ser, la justicia
de Dios, más pobre lanza
que las intrigas viles
de mercantes sin armas?
Triunfó Reno... Y tuvieron
el Senado, en la plaza,
los nobles aclamándole
Señoría y Monarca.
Yo lo he visto... y pasaron,
a enseñas desplegadas,
las turbas por las calles
reclamando su espada;
¡yo las seguí!... Por toda
la ciudad en alarma,
¡Reno! gritan las bocas,

¡Reno! escuchan las almas,
 ¡Reno Rey! ¡Reno Alteza!
 ¡Señor de nuestras casas!
 Me alegré... ¿no era justo
 que el triunfo me alegrara?

(Los sollozos violentados hacen temblar su voz, contrastando con la alegre expresión que quiere darle a su rostro. Procura exaltarse para disimularlo.)

Por estas negras puertas
 de mi sórdido alcázar,
 le veía, saliendo
 en triunfo esta mañana,
 a la luz de oro, en una
 palpitación de palmas;
 tapices en las puertas,
 en los muros guirnaldas,
 la turba estrecha, haciéndole
 via tan apretada

que, más que darle paso,
 según anda, le abrazan!
 —¡Mírale Ursina!... ¡tiene
 para Rey hecha el alma,
 según que vé leones
 y saluda con gracia!...—
 Y entonces, no pudiendo
 contener más mis lágrimas
 ¡de alegría!... ¡ya he dicho,
 de alegría!... lloraba.

(Termina su parlamento sin poder casi dominar su emoción: se vuelve airado para restregarse los ojos con el puño prieto. Ursina y Dina lloran sin decir palabra. Landino, vuelto a ellas, añade:)

¿No os alegráis también,
 Ursina, hija? ¿qué os pasa?

(Una pausa.)

URSINA

(Señalando a Dina, que tiene la cabeza inclinada.)

¡Le quería!...

(Ser Landino tiene un movimiento de dolor, que quiere ser de enojo.)

DINA

(Acercándose a él y abrazándole.)

¡Sí, padre;
le quería!...

LANDINO

¿No hablabas,
cuando yo vine, a hacerte

reflexiones amargas,
de olvidarle?

DINA

Sí, padre.

LANDINO

¿No viste la distancia
que os separaba?

DINA

Sí;

pero...

LANDINO

Sigue...

DINA

Mi alma
pudo más... ¡volar quiso!

LANDINO

¡Y le han roto las alas!

DINA

*(Escondiendo su frente en el
pecho de su padre para llorar.)*

Sí...

LANDINO

De nada sirvieron
consejos ni amenazas;
hija mía, el castigo
llevarás en la falta.
¡Viejo Alcaide de cárcel,
poco habré hecho, en la guarda
de mi hija, no sabiendo
encarcelarte el alma!

URSINA

¡Landinol...

LANDINO

Y cuando hoy vengan
las turbas al alcázar,
para dar paso al Príncipe,
soberano, que aclaman,
¡tu corazón, de enseña,
se llevarán sus lanzas!

URSINA

¡Landinol!

LANDINO

¿No pudiste
tú, que a su guarda estabas,
evitarle este día
de luto?

URSINA

¿Y quién pensara
que este día llegase

jamás?... ¿tú no me hablabas
de nuestro Reno, como
del resto de una raza
que pueblo, nobles, todos
en el reino, olvidaban?

LANDINO

(Con ternura.)

Nuestro Reno...

*(Corrigiéndose bruscamente y
no queriendo dar a entender su
dolor.)*

—Su Alteza—

¡no suenan ya en mi casa
para hablar de él, nombrándole,
sino estas dos palabras!...
Ven hija...

*(La trae a primer término mi-
rándola a los ojos con infinita*

*ternura, sin decir más que con la
emoción y con la expresión lo
que no pronuncian las palabras.)*

¡Va a ser Rey!...

*(Hace un gesto con la mano
como indicando lo inaccesible de
la altura en que estará Reno,
desde hoy.)*

Tú eres buena y honrada,
yo no tengo, en el mundo,
sino mi hija y mis canas;
ellas te son amparo,
tú no les seas mancha...

DINA

*(Con la misma fuerza de ex-
presión en las palabras:)*

¡Padre mío!...

(Le toma la mano para besarla.)

LANDINO

—Los trigos,
 en sus áureas corazas,
 no rindieran harina
 si no los trituraran...
 por quitar a tus ojos,
 para siempre, las lágrimas,
 muriera yo; que al cabo
 mi vida será amarga;
 pero a tal punto llegas,
 que mi muerte no es nada;
 como granos de trigo
 son, para Dios, las almas;
 si el dolor las tritura,
 ¡Dios mismo hace la masa!

(La besa en la frente y dice a Ursina:)

Prevenidme a Su Alteza:
 yo apercibo las lanzas
 que, para honrarle, tengan
 las puertas del alcázar.
 Viste ropa de fiesta,
 yo ceñiré mis armas;
 tú, Dina, allega flores
 que ofrecerle en su marcha...
 Catad que todo el reino,
 para el nuevo Monarca,
 tiene hoy tanta alegría
 y amor, que llega al alma.
 Si alguien, aquí, le enturbia
 la luz de esta mañana,
 ¡ni llevará mi sangre
 ni será de mi casa!

(Hace gesto a Ursina que le preceda: a Dina Landino, que vaya a sus flores. Sonriendo, con una sonrisa que hace mueca el

dolor, sale por la lateral izquierda, precedido de Ursina, toda atemorizada. Entra, por el ventanón, la luz del día. Suena a lo lejos campanería de fiesta. Todavía Landino se vuelve hacia su hija, para indicarle, con un gesto, que las campanas repican alegres: la emoción le vence y se retira restregándose los ojos.)

DINA

(Mientras va cortando unas flores de las macetas que habrá en torno al brocal del pozo.)

Como granos de trigo
son, para Dios, las almas;
si el dolor las tritura
¡Dios mismo hace la masa!...

(Se abre el portillo de una de las celdas laterales empujado por dentro: aparece en ella el Príncipe.)

RENO

(Con expresión alegre.)

¡Dina!... la campanería
de la ciudad ¿no está haciendo
tanta música y estruendo
por nuestro amor?...

(A las primeras palabras del Príncipe quedará Dina Landino rígida y quieta, en la emoción que la domina entera. Logra allegar sus fuerzas, callando y, al terminar el Príncipe sus palabras, serena del supremo esfuerzo que acaba de hacer, con sus flores en la mano, se dirige al

encuentro de Reno. La contempla el Príncipe un poco extrañado y ella, entonces, graciosa, fingiendo alegría le hace reverencia, dejándole pasar y dice:)

DINA

¡Señoría!

RENO

(Acercándose a ella.)

Dina...

DINA

(Dominándose siempre.)

Decidme, Señor:
¿no es este el modo y la ley
de hacerle un vasallo honor
a la persona de un Rey?

RENO

(Con sobresalto:)

Pero...

DINA

La campanería
de la ciudad, con su estruendo,
¿no os está, Señor, diciendo
la solemnidad del día?

RENO

¿Terminó la lucha?

DINA

¡Y lleno
de acatamiento, el Senado
Soberano ha proclamado
al Señor Príncipe Reno!

RENO

(Sin querer aceptar todavía la realidad:)

¿Sueño?...

DINA

Imaginad, Señor,
que habéis estado soñando,
y que os despertáis, reinando,
de nuestros sueños de amor.

RENO

(Con infinita melancolía:)

Y tantas horas, pasadas
sin sentirlo, en la prisión,
los ojos hechos espadas
que herían el corazón;
y las promesas, renuevo
de una eterna letanía;

y el dudar de ellas, que hacía
que se dijeran de nuevo;
y el hablarte yo de ti
sin que el mundo me importara;
y el callarme, a veces, para
que tu me hablaras de mi;
y aquel delirio inocente
que nos llevaba a fingir
que llegaba el porvenir,
sin que mudara el presente;
todo ello Dina ¿tenía
tan de aire su fundamento,
que el son de un bronce, en el viento,
lo ha disipado en un día?

DINA

Todo ello, Reno, aunque son
sus fundamentos de roca,
como está en el corazón,
no hay porque llegue a la boca.

RENO

¿En tu corazón?... Entonces
 ¿quién me moverá de aquí,
 ni qué me importan a mí
 los sonidos de esos bronces?
 ¿más que almas, que despertaron
 en mi alma las ilusiones,
 podrán hienas, que entregaron
 mi juventud a prisiones?

DINA

(En tono de melancolía:)

Más que el amor, que acomoda
 a un dulce olvido los pechos,
 ¡puede la vida con toda
 la realidad de sus hechos!

RENO

(En tono de reconvención:)

¡Dina!...

DINA

Sí; Príncipe... Y más
 que la vida y su camino,
 ¡la majestad de un destino
 que encierra el de los demás!

RENO

¿Pero tú misma has de ser,
 quien, con sus manos floridas,
 torne sangrientas heridas
 las rosas nuestras de ayer?

DINA

Pues, si al destino le plugo
 votar a muerte mi fe,
 pudiendo yo, ¿esperaré
 la cuchilla del verdugo?
 Rosas te he dado; que, al fin,
 cristiano fué y hacedero

tornar, con rosas, jardín
 las rejas del prisionero;
 pero mi amor es rosal,
 cuya guirnalda florida
 tan solo alegró el umbral
 de las puertas de tu vida!

RENO

¡Tomémosle en nuestras manos,
 Dina, y saliendo con él,
 nos haga olvidar la hiel
 de los destinos humanos!

DINA

Aquí han querido arraigar
 sus pobres tallos felices;
 no lo arranquéis, que es dejar
 sin sustento sus raíces.
 Yo quedo a su guarda y juro
 regarle con tanta fe,

que sus tallos lograré
 que, un día, pasen el muro;
 y así, Señor, les veréis,
 tierna imagen de mi anhelo,
 ¡que irán floreciendo el suelo
 donde quiera que piséis!

RENO

*(Después de una pausa y ha-
 ciendo transición.)*

Pero yo... ¿por qué razón
 sufriré? ¿podrá un Senado
 venal, tornadizo, odiado,
 más que el propio corazón?
 ¿Abandonaré el consuelo
 de mis amores sin hiel,
 para lograr que el dosel
 de un trono me tape el cielo?
 ¿Escaparé a una prisión
 que solo el cuerpo aprisiona,

para darle, en mi corona,
 cárcel a mi corazón?
 ¿No veré que, en mi abandono,
 aquí me trajisteis, hienas,
 para buscar las cadenas
 con que atarme luego a un trono?
 ¿Mi juventud, que aquí queda,
 para ser Rey, dejaré?
 ¡rey! ¿la máscara, con que
 mi pueblo acuñe moneda?
 ¡Nol...

DINA

(Interrumpiéndole.)

Calla, Reno; deberte
 no quiero una compasión;
 sino, yo misma, mi suerte
 leer en tu corazón.
 Yo no existo... Una nación,
 que fué tuya, en cautiverio,

besa, última salvación,
 la corona de tu imperio.
 Burlan tu trono opresores
 que ya, en sus gradas desiertas,
 dejaron manchas inciertas
 de sangre de tus mayores;
 y a sus pies, desde tu encierro,
 miras brillar, luz de gloria,
 sobre una espada de hierro
 ¡todo el oro de tu historia!
 Considérala... te emplaza
 a buscar, con ella, unidas
 dos venganzas y dos vidas,
 para tu pueblo y tu raza;
 y tu vacilando estás
 entre el amor y el deber;
 quisieras ser y no ser:
 yo ya no existo... ¿qué harás?

*(Ansiosa espera la respuesta
 de Reno. Cuando éste, en vez de*

responder, pronuncia su nombre con angustia, Dina inclinará la cabeza: ha oído su sentencia.)

RENO

¡Dina!...

DINA

Me basta.

RENO

¡No!...

DINA

Sí,

Reno mio; y te perdono.

RENO

¡Librámame Dios, sin ti,

de ser indigno del trono!
Más tú vives... no es posible
que a él vaya, si en él no estás...

DINA

Y así, por más imposible,
desde hoy, le quisieras más.
¡No, Reno! olvida este amor;
que es tal la vida, que creo
que solo pone un deseo
de incentivo a otro mayor;
y hacia su fatal destino
hacen nuestras almas tramos
de los amores que vamos
dejando por el camino!

(Tomará en sus manos las flores que antes había cortado y que ahora estarán, en montón, sobre el banco.)

¡Para que menos lo llores,

ya que ellas son alegría,
deja que te ofrezca, en flores,
mi amor del último día!

*(No llega a darle estas flores
que mantendrá sujetas con am-
bas manos contra el pecho, mien-
tras habla.)*

RENO

(Con tristeza infinita.)

¿Del último día?

DINA

Y da

gracias, Príncipe, a tu suerte,
si encuentra amor que se va,
en pleno día, su muerte.
¡Cuántos otros el destino
mengua, aletarga y enfría,

de modo que, en su camino,
no tienen último día!
Sobre arenas movedizas
pasaron sin dejar huellas
y de que fueron estrellas
no se acuerdan sus cenizas.
Hierro que no da dolor
si le arrancan de una herida,
¡señal que deja, Señor,
pecho que no tiene vida!
¡Quiera el cielo que seáis
tan venturoso, al vivir,
que siempre unirse veáis
al goce que ha de venir,
la pena del que dejáis!
Nunca probéis alegría
que no la engendren dolores;
y porque no os brinden flores
que no tengan lozanía,
¡el cielo os dé siempre amores
que tengan último día!

(Se abre la lateral izquierda y aparecen Landino y Arnolfo. Les sigue confusa, Ursina: las flores caen de la mano de Dina Landino que, con ellos, ve llegar su sentencia. Sobre un cojín de seda, trae un paje, al que siguen lanzas nobles y Dignatarios, la espada del Monarca.)

LANDINO

(Señalando.)

¡Este es el Príncipe!

(Landino pasa al lado de su hija que se ampara en él: Ursina se les reúne: un poco al fondo el paje y su séquito.)

ARNOLFO

(Hincando una rodilla delante del Príncipe.)

Y este,
que a vuestros pies besa el suelo,
¡el primero en el Senado
y el último de los vuestros!

RENO

¡Alzáos!

ARNOLFO

Como en prisiones,
Señor, os encuentra el pueblo,
y siendo niño os hurtaron,
que no rendisteis, el hierro
para salir de ellas, yo,
mandando el Senado, vengo
a devolveros la espada
de vuestro padre, Rey Reno.

RENO

(Frio y altivo.)

Razón es que aquel Senado
que, de niño, hurtóme el cetro,
quiera hoy devolverme el hurto
por tu mano, honrado viejo.

(Movimiento en Arnolfo.)

No pretendo alzar ofensas
ni castigarlas pretendo;
pero que las mismas manos
que, en un tiempo, me ofendieron,
hoy vengan a honrarme, es ruín
y así no os tomo este acero.
Reno es mi nombre; de estirpe
de la Escandinavia vengo,
y es uso, en nosotros, cuando
se exalta al trono un rey nuevo,
que manos de una doncella
le aten al cinto el acero

y así le apoya, al reinar,
la honesta mano del pueblo.

(Con arranque.)

¡Dina Landino, en tus manos
toma, esta mañana, el hierro;
que si de ti lo recibo,
más honrado en él me veo!

*(Con esperanza: radiante sú-
plica en sus miradas.)*

Y entended, si ella vacila,
o si ella duda, que, viendo
que no me apoya, al reinar,
la honesta mano del pueblo,
¡yo dejo el cetro al Senado
y a mis prisiones me vuelvo!

*(Un breve silencio, en que to-
dos los personajes parecen sen-
tir el dolor y la solemnidad de
la situación. Dina Landino, rigi-*

das la marcha y la actitud, llega al pajecillo; toma la espada y la pone, arrodillándose, en manos del Príncipe.)

(A Dina en voz baja inclinándose.)

¿Luego todo acaba?

DINA

(También en voz baja.)

¡Todo,
cuando era más vivo el fuego;
ni vos pedir más, ni yo
podía ofrecer os menos!

*(Suenan aclamaciones lejanas;
con brusca determinación, grita
Reno.)*

RENO

¡Abrid las puertas! ¡Y guay

que este Rey, de quien quisieron
que arrancara el corazón
con sus manos, de su pecho,
entrando a reinar sin él,
no sea a todos funesto!

*(Los Dignatarios abren las
puertas: los gritos de aclama-
ción son más violentos: la mu-
chedumbre se acerca, en busca
de su Soberano... Salen Arnolfo,
los nobles, dignatarios, pajes y
séquito, llevándose a Reno. Dina,
llorando, está en brazos de su
padre: Ursina, también con lá-
grimas, sigue desde la puerta, la
marcha de la comitiva.)*

LANDINO

¡Cierra las puertas! Rey es:
¡pero ingratitud fué serlo!

*(Como Ursina no le hizo caso
la primera vez, repite su orden.)*

¡Cierra las puertas!

URSINA

(Con emoción ingénu.)

Quisiera
seguir viéndole, de lejos...

LANDINO

*(Dejando a su hija y cerrando
violentamente las puertas, por sí
mismo:)*

¡Yo no quiero que, en mi casa,
donde su deber cumplieron
todos, de pechos ingratos,
quede tan solo el recuerdo!

DINA

Padre!...

URSINA

Landino!...

LANDINO

Esperanzas
tuve hasta el postrer momento.
No os dejé rogar: os di
con mi fortaleza ejemplo:
¿pero él no vió que tus lágrimas
valían perder un reino?
¡Ahl soy pequeño en mi torre;
pero ya tuve, en sus hierros,
un Príncipe... ¡Guay que, un día,
no me atreva a más, Rey Reno!
No enarbolaré mi enseña
nunca más; rasgué sus lienzos;
que el goce de un pueblo es grande,

(Abrazando a su hija.)

¡pero es más grande este duelo!

*(Se oye ahora la formidable
aclamación del pueblo que recibe
a su soberano.)*

¡Y le aclaman!

DINA

Y es razón.

LANDINO

¡Y tú lloras!...

DINA

Y es la vida:
ella tiene una medida
y otra tiene el corazón.
A él mismo esta voz de gloria
le está sonando a dolores

porque hoy empieza su historia,
pero acaban sus amores.

Que, en la eterna oposición
de sus distintos dictados,
¡la vida y el corazón
tienen los días cambiados!

*(Landino la abraza: Ursina
llora: más aclamaciones.)*

TELÓN

EPÍLOGO

Señora:

así termina la Balada;
y aunque es la voz de Dina enamorada
la que en su propia tumba echó las flores,
yo sé que eran sus rosas de aquel día
sangre del corazón, que se le abría
sobre la muerte en flor de sus amores.

Cierto: mujer y abandonada, es ella
quien viene a dar con la palabra bella
que exalta y dulcifica su destino;
pero acoge, en silencio, agradecida,
la amenaza, que es bálsamo de vida,
del puño acusador de Ser Landino!

Señora:

el día de un dolor como este,

recuerda a Dina, en la actitud que preste
decoro y majestad a tu tristeza;
pero no falte, en tu abandono amargo;
quien, hasta contra ti, tome a su cargo
la causa de tu amor y tu belleza.

FIN

UNA LEYENDA

SANTA ISABEL DE HUNGRÍA (**)

PRÓLOGO

—Vénia me dan de cantar;
mas no me atrevo a romper
ante vosotros a hablar,
con el temor de acabar
sin que os logre entretener.

Porque no os cause fatiga,
mandaré a mi pensamiento
que, en todo aquello que os diga,
guarde, tenga, acate y siga
las leyes del sentimiento;
pues, si solo de emociones
hablo, no habrá en mis canciones
equivoco, merma o mengua;
¡que todos los corazones
tienen una misma lengua!

Junto al fuego imaginad
que, formando corro, estamos

y es imaginar verdad:
que es fuego la caridad
al que todos nos llegamos.

Muere el sol; queda en ofrenda
su sangre, en la lejanía,
y flota el dejo, en la senda,
de un canto de romería;
se hace un silencio; porfía
la llama, a esperar que prenda
fuego en la leña baldía;
y yo os cuento esta leyanda
de Santa Isabel de Hungría.

EL GUANTE

I

—En el sacro esplendor de un Jueves
[Santo

baja de su castillo a la burgada,
a socorrer la turba desolada
Isabel Reina, de corona y manto.

Resplandeciente va de pedrerías
que aunque buscando viene al pordio-
[sero,

sabe, según la fe de aquellos días,
que cada pobre es Cristo verdadero.

Avanza sola y, avanzando en la horda
que le tiende las manos amarillas,
su caridad es río que desborda
para sembrar de lirios las orillas.

Le abre paso, al andar, un clamoreo;
y deja el paralítico su casa
y al ciego, de mirarla en el deseo,
le abre el llanto los ojos cuando pasa.

Y ópalos, perlas, amatistas, oro,
zarcillos de coral, gemas estrañas,
¡todo lo da a sabor; nada conserva
de su real tesoro!
solo el rubí que lleva en las entrañas,
—su corazón— a Dios se lo reserva.

La romería de piedad termina
y ella vuelve al castillo entre oraciones
y da gracias a Dios, mientras camina,
porque, si va sin joyas, imagina
que resplandecen más las bendiciones.

II

Pero, en esto, un anciano
que tiene humilde y lejos la vivienda,
abrazando sus pies, tiende su mano
y le pide una ofrenda.

Y ella, al verle delante
enfermo, viejo, pobre y sin abrigo,
ya sin joyas que dar, descalza el guante
y lo pone en la mano del mendigo.

— «¡Llega con él, mañana,
hasta mi camarín resplandeciente;
que no ha de haber quien no haga, en
[tre mi gente,
honor al guante de su Soberana!» —

No fué preciso.

Estaba un caballero,
a admirar a su Reina, detenido

y pidiéndole el guante al pordiosero,
lo cambió por el cinto de su acero
todo de oro y carbunclos embutido.

III

Y el caballero se votó a cruzada
y ardiendo todo en ideal quimera,
al casco le arrancó la penachada
¡y plantó en la celada
el guante de su Reina por cimera!

IV

Y es fama que, en un día de victoria,
cuando en Jerusalén entró el primero,
con la espada en la mano, un caballero
envuelto ya en los nimbos de la His-
[toria,
no llevaba otro signo, otra bandera,
que un guante de mujer en la cimera:
¡de él sea dicho y de su Reina en gloria!

ENVÍO

Si tiene o no sentido, en este día,
esta leyenda de Isabel de Hungría,
vosotros lo diréis;

si a la par que consuela corazones,
la piedad de una Reina hace leones,
vosotros lo diréis;

si en manos del enfermo y desvalido
otro guante de Reina hoy ha caído,
vosotros lo diréis;

si ardiendo España en ideal quimera,
caballeresca a un tiempo y justiciera,
puede llevar, como en la antigua era,
el guante de su Reina en la cimera,
¡vosotros, españoles, lo diréis!

FIN